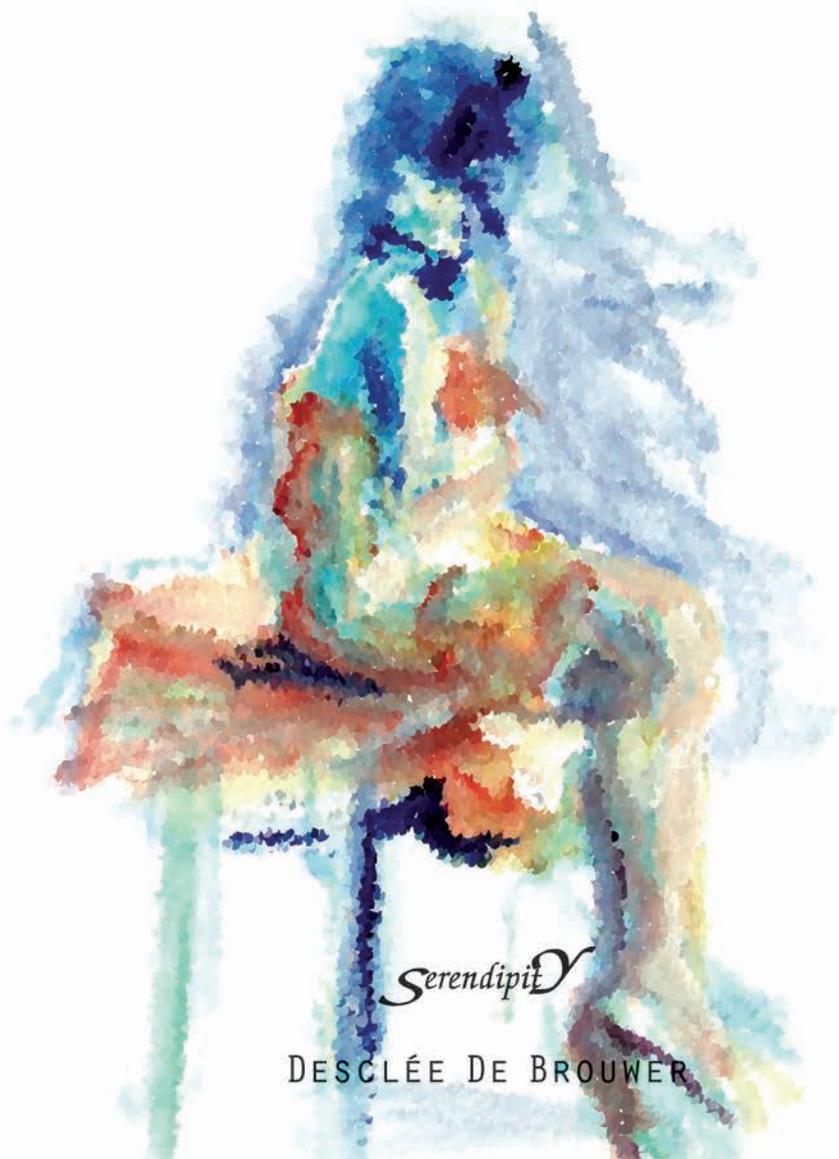


PABLO POBLACIÓN

# yo te manejo, tú me manejas

El poder en las relaciones cotidianas



*Serendipit*

DESCLÉE DE BROUWER

**Pablo Población Knappe**

**173**

**YO TE MANEJO, TÚ ME MANEJAS**  
**El poder en las relaciones cotidianas**

Crecimiento personal  
C O L E C C I Ó N  
*Serendipit*

**Desclée De Brouwer** 

## ÍNDICE

Agradecimientos.....	11
Capítulo «0».....	13
1. «Yo te manejo, tú me manejas» .....	17
2. Estropeando la pareja .....	27
3. Sobre algunos juegos de poder en las parejas.....	37
4. El poder casero: todos en la familia queremos ser más..	55
5. El trabajo es un campo privilegiado de juego.....	67
6. Cómo reconocer a los que juegan al poder .....	75
7. Las medicinas: el amor, la risa, la humildad; y si tus fuerzas te fallan, la psicoterapia. ....	85
8. Cómo descubrir el poder en mí mismo .....	95

## CAPÍTULO «0»

Hace seis años, en 2005, publiqué un libro titulado *Las relaciones de poder*.<sup>1</sup> Se trataba más bien de un texto técnico que iba dirigido a los profesionales que trabajan con la mente: psiquiatras, psicólogos y otros análogos. En función de esto, desarrollaba sobre todo mis teorías sobre el poder en los distintos entornos de relación humana, en lo que ocurre dentro de cada sujeto, en los grupos, las sectas y, en general, en todos los ámbitos en los que se desarrolla nuestra convivencia. No lo extendí a otros espacios más amplios, como la política, las sectas religiosas y otros ámbitos parecidos, no sé si porque no supe o porque no me atreví, pero me justifiqué ante mí mismo diciéndome que eso pertenecía a un ámbito más sociológico que psicológico y que se escapaba a mi campo de acción.

Entretenido en la teoría, dejé quizá de ocuparme con más detalle de asomarme a la descripción de lo anecdótico, a una visión inmediata de lo que se nos presenta ante nuestros ojos en el día a día.

---

1. Población Knappe, P. *Las relaciones de poder*. Ed. Fundamentos, 2005.



Por ello, unos años después, me he sentido deudor del lector profano y he dado cara a la escritura de este nuevo libro, que versa sobre el mismo tema –las relaciones de poder– en el cual, aunque hago una aproximación a los aspectos teóricos, estos son muy breves, ligeros y digeribles para el no profesional. Sin embargo, busco ahora extenderme en el dibujo y descripción de lo que nos ocurre en nuestras vidas, una pintura que intento que sea viva y pienso que en algunos momentos puede ser cruel, porque nos retrata en unos modos, quizá no de ser, pero sí de hacer, que no son los más agradables de encarar.

En fin, que en las páginas siguientes, si os decidís a leerlas, os vais a encontrar con una «hermosa» variedad de modos de ejercer el poder, la manipulación desde el dominio o desde la sumisión, desde la envidia a los celos, de la falsedad a la hipocresía, siempre, en todos los casos, con nuestra mejor intención.

Y para no ser menos, yo comienzo con una pequeña manipulación. He llamado a estos párrafos capítulo «0», porque sabía que si lo llamaba prólogo o introducción no lo ibais a leer.

Si intento responder a la pregunta: «¿Qué persigo en este libro?», pienso que lo puedo resumir con algunas respuestas básicas:

Fabricar un espejo mágico en el que, con menor deformación que en los espejos del circo<sup>2</sup>, podamos ver, aquel que lo desee, los vicios de relación desde el manejo del poder. No trato con ello de herir la sensibilidad, no muestro imágenes truculentas, solo presento lo que realmente utilizamos y lo que podemos reconocer cuando empezamos a ser sinceros con nosotros mismos.

En esta galería de espejos encontramos aquel que nos muestra en familia, como hijos, como padres, y hasta como cuñados –aunque aquí el verdadero retratista es el maestro Forges, en sus dibu-

---

2. *Los espejos del callejón del Gato*, Valle-Inclán.



jos—, con todas las tensiones, las luchas, los pulsos, los celos que aparecen y desaparecen como ondas más o menos frecuentes como lo que puede ser el mar tranquilo del amor.

Separo de la familia, de un modo artificial, la vida de la pareja, que no deja de ser el campo de experimentación de lo que uno llama «dar y recibir amor» y de lo que se convierte, con frecuencia, en un «dar y recibir poder». ¿Qué pasa con las parejas que tienen la vida tan difícil? Se piensa en intervenir para ayudarse mutuamente y se convierte en campo de lucha, de ver quién puede más, de quién se coloca por encima del otro como más poderoso o más desgraciado, más altruista o más necesitado. Dominantes y víctimas tienen aquí su torneo medieval. Casi sorprende que haya parejas que persistan a lo largo de decenios. Parece que para elaborar esto hay dos vías, la obligación por unas ideas y valores impuestos — en mi opinión fuente de amargura— o por un amor sincero con un toque de humor y humildad.

Pretendo que a las parejas que vean las muchas maneras que describo en el capítulo 2, «Estropeando la pareja», les sirva esa lectura, no para culpabilizarse, sino para reflexionar y cambiar algo, aunque sea un poquito, esas malas vías, e ir adoptando otro modo de fluir juntos en el que, de verdad, puede ser un camino de bienestar.

También existen los que se queman hasta arder en un infierno cotidiano, tanto en el trabajo, como cuando tienen espacio para el ocio. Algo sobre esto comento en otro capítulo, también para una reflexión que creo necesaria, porque pienso que tenemos derecho, tanto en el ocio como en el nec-ocio, de jugar la vida jubilosamente, aunque se esté jubilado.

Como ayuda para esta reflexión sobre vosotros mismos, este miraros en el reflejo de estos espejos, apporto un poquito de teoría, pero sobre todo, el cómo reconocer vuestro fallo que inevitablemente es el de todos. Y no tiro la primera piedra.



## YO TE MANEJO, TÚ ME MANEJAS

Por fin, como todos queremos las medicinas envasadas y en hermosos envoltorios, os doy algunas recetas que creo que ya conocéis, pero os las entrego envueltas en papel de regalo.



# 1

## «YO TE MANEJO, TÚ ME MANEJAS»

Nosotros os manejamos, vosotros nos maneáis. A través de mi experiencia profesional y de vida, he llegado a pensar que más del 75% de las relaciones buscan el manejo del otro. Manejar para obtener algún provecho propio. Quizá con ese 75% me quedo corto; probablemente sea mayor. Es una estimación a ojo de buen cubero no apoyada en ningún estudio estadístico, sino en la experiencia diaria, por lo que podéis discutirla todo lo que queráis. Seguramente muchos de los que leáis estas líneas ya estáis protestando íntimamente de esta aseveración, porque pensáis, por ejemplo: «Yo no manejo a mis hijos cuando les digo lo que es bueno para ellos» o, «Yo no quiero manipular a mi mujer cuando le sugiero (¿es sugerencia o imposición?) que haga su trabajo de una manera más eficaz; yo lo hago pensando en su bien». En vuestro interior, con toda honestidad, estáis seguros de que sabéis más que ellos, pero, ¿os habéis puesto en su lugar?, ¿habéis pensado que pueden tener su propia opinión, ni mejor ni peor que la vuestra, pero desde luego, digna de tenerse en cuenta?



Poco a poco intentaré desvelar los tejemanejes de estas manipulaciones que nos traemos los unos con los otros y el hecho de que siempre buscamos un beneficio propio en ese manejo. No un beneficio material, aunque en ocasiones también exista este, sino un beneficio de nuestro ego, de nuestro deseo de sentirnos mejores, más altruistas, generosos, capaces, inteligentes, más, más, más...

En algunos casos, pocos, nos relacionamos ajenos a este deseo consciente o inconsciente de mangoneo del otro. Son los escasos momentos y situaciones, que también existen, en que somos realmente generosos, capaces de pensar en el bien ajeno sin buscar ningún beneficio de nuestro orgullo. Desde mi forma de pensar, se trata de momentos de verdadera relación de amor. ¿Verdad que encontraréis algún momento de este tipo en vuestra vida? De todos modos, reflexionad sobre ello, porque es muy fácil engañarnos a nosotros mismos.

Ahora, vamos a convertirnos en unos espías invisibles de la vida ajena y vamos a asomarnos a la vida de la familia Fernández.

Estamos en la última hora de la tarde. Vamos hacia la casa de la familia Fernández. Manuel, el padre de la familia, de edad media, es dependiente de unos grandes almacenes. Está muy cansado, incluso ha prescindido de la cerveza que toma a veces con los compañeros al terminar el trabajo. Es un día frío y está deseando llegar a casa.

Ya está en el portal de su casa. Piensa: «qué ganas tengo de ver a Luisa, de ponerme cómodo, tomar juntos una cerveza, la cena...». Termina de abrir la puerta, entra y llama en voz alta a Luisa. Esta no contesta. A Manuel se le ocurre: «estará en la cocina». Efectivamente, Luisa está finalizando la preparación de la cena.

M: Te he estado llamando, ¿no me oías?



Luisa se vuelve hacia Manuel. Tenía ganas de que llegara, darle un abrazo y un beso, pero, al ver el gesto adusto de Manuel, se encoje y contesta:

L: No te oía porque estoy preparando la cena. Ya vienes otra vez exigiendo.

M: No estoy exigiendo, lo único que quiero es cenar tranquilo. Estoy agotado por el trabajo.

L: ¿Qué crees, que yo he estado divirtiéndome? Todo el día encerrada en casa, lidiando con tus hijos (por supuesto son también los hijos de ella).

M: Bastantes problemas tengo en el trabajo para que ahora me descargues lo de los chicos.

L: Mira, coge tu tortilla de patatas, vete a cenar viendo la tele y déjame tranquila. También me gustaría a mí estar trabajando fuera de casa. Yo no tengo la culpa de que me forzaran a dejar el trabajo como profesora de francés.

M: Pues no echaron a todo el mundo, seguro que te echaron a ti porque serías de las que menos trabajaba.

La discusión va llegando a un punto peligroso de hostilidad. Ambos lo captan y procuran callar y cambiar de conversación.

Ninguno de los dos ha sido capaz de expresar su deseo de ver al otro y tener un rato de tranquilidad y bienestar. Cena cada uno por su cuenta y, después de ver un rato un programa de TV, van a acostarse. Cada cual en un extremo de la cama.

Luisa, toma un libro y se pone a leer. Manuel, apaga la luz de su mesilla y se enrosca dando la espalda.

Luisa no puede leer, aunque simula hacerlo. Siente el corazón encogido. Una tensión y una rabia inmediata le cubre la tristeza profunda que siente por lo que está ocurriendo.

